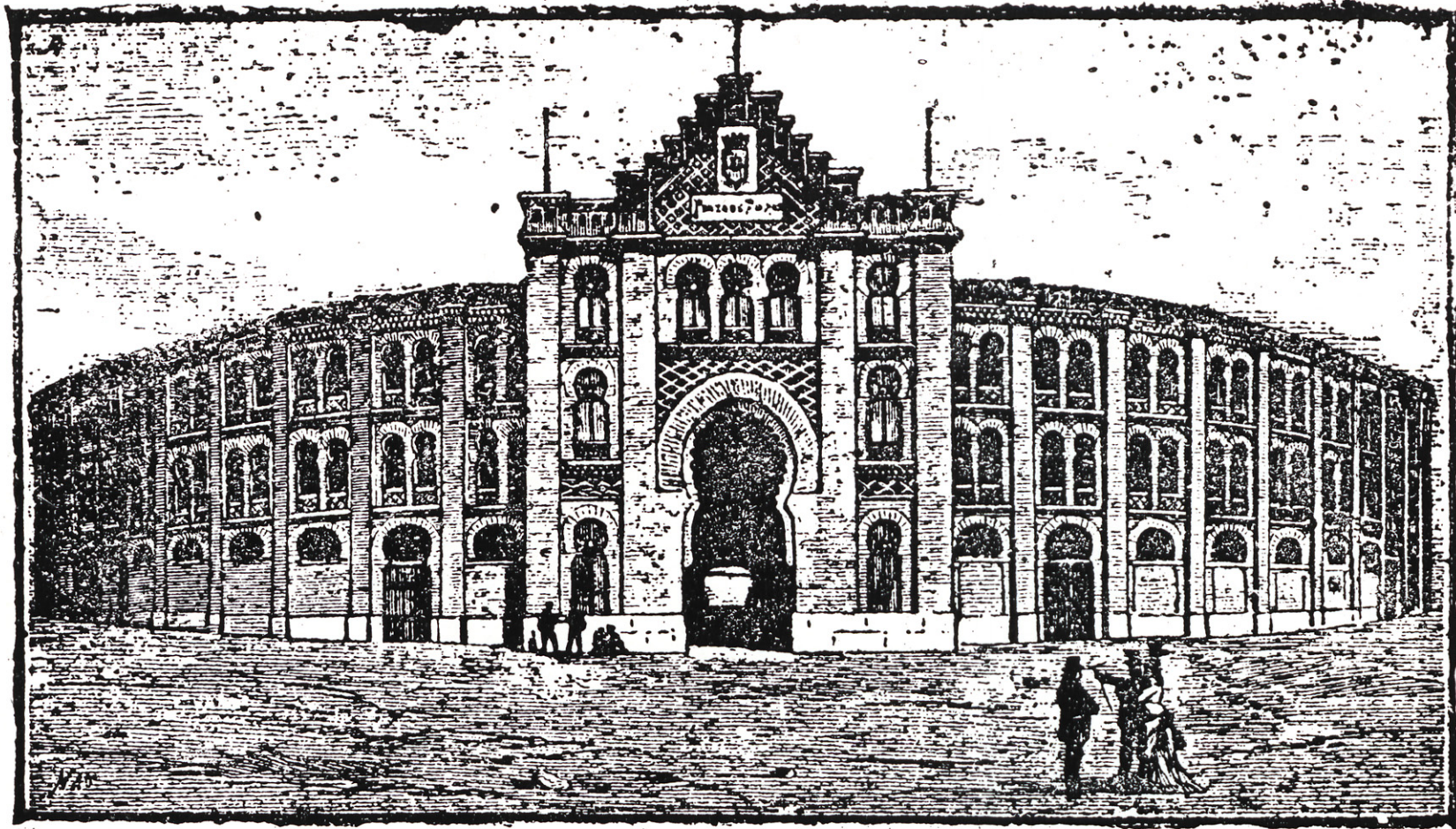




¿QUE TENEMOS CONTRA EL NEOMUDEJAR?

ALVARO FERNANDEZ SUAREZ.

Es el caso que yo publiqué en la revista *Indice*, número 249, unas palabras apasionadas y feroces contra la plaza de toros de Las Ventas, a causa de su estilo arquitectónico—neomudéjar—, a mi parecer poco congruente con la tauromaquia (1). Pues bien: el director de la revista *ARQUITECTURA* y otros colegas suyos y colaboradores tienen en muy alta estima esta modalidad del arte que profesan y que un gran arquitecto del siglo XIX llevó a las plazas de toros.

Sin embargo, lejos de enquistarse en sus posiciones frente a lo que pudiera parecerles una osada impertinencia, me han invitado a exponer mis puntos de vista por si ellos hubieran sufrido una inadvertida deformación profesional de juicio: acredito en el haber de estos arquitectos tan educador ejemplo, que revela un talante generoso y abierto a las ideas ajenas y contrarias, incluso expresadas en términos vehementes.

Por lo demás, la presente ocasión me servirá para aclarar mi actitud, no sólo—y quizá no tanto—ante los demás como frente a mí mismo. Y así, me pregunto, como si los demás me preguntaran: ¿Qué tengo yo realmente contra el neomudéjar? ¿Por qué suscitó en mí un golpe de cólera la plaza de toros de Madrid, con su estructura de ladrillo visto y su estilo arabizante? Pero,

ante todo, sospecho que el camino para dar una respuesta a las preguntas anteriores pasa por otra cuestión: se trata de saber qué es el neomudéjar. Parece necesario inquirir acerca del objeto que soliviantó en mí una rápida llamarada.

Por fortuna, puedo eludir el compromiso y la dificultad de una definición propia. Me ha dado hecho el trabajo—para mí arduo—la propia revista *ARQUITECTURA*, que dedicó todo un excelente número de este año de 1969 al tema del neomudéjar español (2). En ese número encuentro un artículo titulado "El neomudéjar en la arquitectura española", donde se expone con claridad y eficacia algo así como la biografía y el retrato de esta modalidad de construir edificios, que habría de imprimir carácter a nuestra ciudad de Madrid. El autor evoca aquel año de 1874, en que fue inaugurada la vieja plaza de toros madrileña—la que estuvo donde hoy se asienta el Palacio de los Deportes, si no me equivoco—, cuyos autores han sido los patriarcas del neomudéjar, dos arquitectos de gran talento: Emilio Rodríguez Ayuso y Lorenzo Alvarez Capra. Y luego va desplegando la historia y la evolución de aquel estilo durante un medio siglo largo, que coincide con el período de la Restauración.

En el neomudéjar, como en cualquier otro modo de construir

(1) *¿Es compatible el toreo con la sociedad industrial?*, por Alvaro Fernández Suárez.

(2) *ARQUITECTURA*, año 11, mayo 1969. Estudio del arquitecto Adolfo G. Amézqueta.

edificios y en toda obra arquitectónica que tenga sentido, se dan una serie de elementos que en los resultados felices se conjugan, forman cuerpo, crean una entidad material y, sin embargo, dotada de vibración humana, de espíritu y de una tácita pero fuerte elocuencia. Pido perdón por escribir estos conceptos, obviamente frecuentados con más contenido y profundidad que cuanto pueda yo poner en ellos. Quiero decir que esa unidad con alma que es o debe ser un edificio, por mucha unidad que tenga, puede tolerar que separemos, por ejemplo, los materiales y el modo de disponerlos del tratamiento que—desde luego con esos materiales—haya dado el arquitecto a los espacios en virtud de adecuaciones a un fin, el del edificio, y también para producir determinado efecto mental en el contemplador, pongamos un efecto emocional (grandiosidad, acaso) o más profundo (tal vez un íntimo y serio sentimiento estético), y además quien mire el edificio por fuera acaso perciba en él lo que yo—en mi indocto lenguaje—llamaría forma intraestructural, forma de adentro, a la que cabe añadirle—y a veces adosarle o pegarle—otras formas externas y, en fin, elementos decorativos, congruentes o no, según. ¿Cabe aceptar una parte de estos componentes en un edificio y rechazar otros? Todo indica que sí. La crítica es análisis. Apliquemos al neomudéjar el patrón analítico que acabamos de esbozar rápidamente.

En el artículo de ARQUITECTURA que hemos citado antes se nos informa de que el neomudéjar no es un capricho nacido de alguna sugestión culturalista. Todo lo contrario. Fue la respuesta congruente y adecuada a una necesidad social en aquellos años de la Restauración (se relaciona, claro está, la erección de estos edificios con las realidades económicas y políticas del período). Se trataba, sobre todo, de construir colegios, generalmente religiosos; construcciones con fines benéficos, iglesias; en fin, edificios a menudo grandes o muy grandes, que debían ser duraderos, funcionales y no demasiado costosos. Los arquitectos echaron mano de recursos técnicos y materiales de constante tradición en el país, como la utilización del ladrillo y el aprovechamiento de la habilidad de unos artesanos capaces de moldear aquel material, de hacerlo plástico y dócil para expresar con él cualquier tema formal. Recuerda el autor del artículo que Madrid se llenó con estas construcciones de ladrillo visto y que el neomudéjar pasó de una arquitectura institucional a las casas de viviendas y, finalmente, probó su sentido y su verdad de modo inequívoco cuando fue adoptado por la arquitectura industrial. Y es cierto, indudablemente, que las construcciones industriales de aquella época estaban hechas—y están, en cuanto subsisten—con sólidos muros de ladrillo, a veces sin alusión literaria alguna, sin veleidad orientalizante, y otras con una nota discretamente islámica, como sucede en la portada de la desaparecida fábrica de perfumería Gal, obra de Amós Salvador y un buen ejemplar del estilo.

La ola neomudéjar fue posible gracias al resurgimiento de las técnicas del ladrillo en Cataluña, lo que pudiera parecer significa-

tivo de cierta manera si tomamos en serio el apelativo, por su alusión al otro, al mudéjar, tan extendido en su época y en la Corona de Aragón. Pero ¿estas técnicas del ladrillo no tuvieron sus propias expresiones arquitectónicas—sin apellido mudéjar, naturalmente—en el resto de Europa por aquellos mismos años de fines del siglo XIX y principios del XX? Fueron las posibilidades del material, por lo que se ve, las que lanzaron el estilo, lo que nada dice contra él, sino todo lo contrario, pues dice mucho a su favor. Por cierto, que en Cataluña sucede algo muy interesante con el neomudéjar, y es que acaba, antes que en Madrid—dice el autor del artículo con una palabra muy expresiva—, “disolviéndose” en el “modernismo”. Una muestra más de la receptividad de Barcelona para las novedades del tiempo e indicio de lo que tenía el propio neomudéjar de ensayo o exploración y veleidad estética en una época de arquitectura sin rumbo, decidida a decirnos algo, pero incapaz de saber qué nos iba a decir.

¿Qué puedo tener contra la utilización de las técnicas del ladrillo visto, aunque no sea el material que yo prefiero (no consigo eludir la sensación de que aquello es barro y se va a desmoronar hecho polvo)? Me parece bien. Los arquitectos de aquel momento apelaron a recursos humanos y materiales que tenían a mano: los humanos, dotados de un virtuosismo admirable, y los materiales, probados y perfectamente válidos. Si además, como ha sucedido, eran, con reconfortante frecuencia, unos arquitectos capaces de hacer, como hicieron, obras de verdadera creación, en algunos casos muy afortunadas, tengo que darles un justo asentimiento. A mí me irrita que en este país no sepamos valorar realizaciones propias de calidad y propendamos al olvido de las obras positivas del pasado cercano. Hay por ahí mucha gente que mira hacia atrás con la nariz fruncida, como si estuviese viendo un rebaño de ocas muertas, lo que es rematadamente falso e injusto. No quisiera caer en ese pecado, y por eso aprecio y valoro el número monográfico de ARQUITECTURA sobre esta modalidad del próximo pasado español. Si el neomudéjar se hubiera realizado por una vía de funcionalidad, sin evocaciones arcaizantes, generalmente orientales o arábigas, habría sido una empresa arquitectónica irreprochable, digo yo, aunque, naturalmente, discutible. Y en parte ganó este mérito y otros más, ciertamente, en la medida en que se emancipó de la influencia literaria a que el estilo debe su nombre que, en rigor, era una de tantas expresiones posrománticas. Por último, en el mismo artículo de ARQUITECTURA, que tan reiteradamente hemos citado, se nos recuerda el más prometedor y valioso intento del neomudéjar cuando, por los años de 1927, trata de entrar en una corriente de arquitectura moderna con Antonio Flórez y se menciona un importante ejemplar de esta vía creadora en la central térmica de la Ciudad Universitaria, obra de Manuel Sánchez Arcas, un arquitecto que ganó amplio reconocimiento internacional.

Hasta aquí todo va bien. Podrá uno tener estas o aquellas predilecciones, pero está obligado a valorar el neomudéjar, incluso

más que otros subestilos de la época, algunos de ellos muy resonantes, pero todos, a mi modesto y escasamente documentado parecer, como tarados y como vocados de antemano a un destino de precariedad. La arquitectura con pretensiones de ese momento, salvo el extraño caso Gaudí, tiene el aire de festival precario de las ferias y exposiciones. Me atrevo a suponer que en aquel período donde floreció el neomudéjar los arquitectos parecieron ir a la escuela de los literatos, lo que no suele ser buen síntoma en las artes que tratan seriamente con la materia. Yo no soy más —y tal vez sea menos— que escritor, pero no aconsejaría a ningún artista que deba habérselas con materiales pesados—ni tampoco los pintores, por otra parte—que escuchen la gárrula verba de mis colegas. Es insano. La literatura es alada y veleidosa y puede permitirse libertades y coqueterías que serían fatales para la arquitectura. La literatura tiene un curioso pacto de no agresión con la tontería y sale indemne de un degradante comercio con extravíos, caprichos individuales, locuras efímeras y cualquier otra infección por el estilo. Pongamos el modernismo. El modernismo es—hablo de literatura en este momento—de una afectación intolerable. Digamos la verdad: es cursi. Tomó el viento posromántico de Nietzsche, cuya grandeza y genialidad son patentes. Pero el modernismo hace del superhombre un superhombrecito amanejado que se considera por encima de los valores éticos, incluso un maldito, perverso y satánico, no siendo más que un *dandy*, no más malo que cualquiera y no diferente. A mí me parecen ridículas, en ciertos aspectos, las sonatas de Valle-Inclán. Pero ¡cuidado! Los autores de esas obras, con toda su teatralidad y su farsantería, además de ser grandes escritores, tenían una sinceridad, una fuerza, una verdad que salva su obra, aunque a uno no le guste. No sucede lo mismo con la arquitectura. El arquitecto es un artista social y, en cierto modo, parecido al profeta: ha de ser fiel al dios que le inspira—en el caso, este dios es sólo el grupo humano—y su personal pasión y sinceridad no le salva, como salva al escritor cuando se equivoca. Algo de esto sucede, creo. Así, Víctor Hugo escribió unos poemas—*helas!*—un poco abominables, que llamó *Orientales*. Era un romántico. Bien. El romanticismo es un movimiento mucho más serio e importante que su brote desfigurado y tardío del modernismo. Pero, para mi gusto, tampoco la primera veta romántica es muy recomendable. Bueno; el caso es que el orientalismo de las *Orientales* de Hugo tiene un cierto valor y puede tolerarse, pero no su equivalente arquitectónico, equivalente o derivado, aquella arquitectura pseudoárabe que se practicó infortunadamente en Francia en el siglo XIX y en la que incurrió también, por cierto, según parece, el mismo neomudéjar, artificio arcaizante y exótico evocador de un Oriente de decorado de revista escénica y baile del vientre—con exceso de vientre, no de baile—. ¿Qué demonio de tarjeta postal 1900 podía inducir a ciertas personas a hacerse, como se hacían, los muy desdichados,

un palacete arábigo? El viejo Hugo, sin embargo un gran poeta, andaba detrás inspirando esas tonterías puestas en piedra.

Y ahora volvamos a nuestro neomudéjar. Yo no digo que nuestro neomudéjar, incluso en sus modalidades arcaizantes y arabizantes, sea una cosa tan deleznable; pero en cambio sugiere un tópico histórico, a mi modo de ver, erróneo: alude a una relación particular, diferente y quizá esencial, de España o de la cultura hispánica con los árabes, lo que no considero acertado. El accidente de la invasión y larga posesión de una parte del territorio español por gentes islamizadas induce a una de estas fáciles y aparentemente obvias conclusiones e ideas, a un equívoco, como hay tantos en esta clase de materias, demasiado complejas, inciertas y propicias a la confusión, amparada por engañosas evidencias que ni siquiera suelen examinarse. Digo que España no ha sido conformada por el arabismo ni por el islamismo en su *ethos* profundo, exactamente al revés de lo que cree y de lo que predicó Américo Castro con gran entusiasmo. Naturalmente, España, como toda Europa y todo el mundo—e incluso más—, tiene una deuda con la cultura oriental, sobre todo bizantina, arrastrada por la marea islámica, en las técnicas industriales desde luego y en el saber griego, como nadie ignora. Pero además la deuda debe ser acreditada más específicamente a los árabes en la matemática, que, juntamente con ciertos conocimientos e instrumentos de astronomía, iba a tener consecuencias decisivas al hacer posible la más universal de las empresas españolas: las navegaciones y descubrimientos de fines del siglo XV. Pero en otros aspectos que tocan a la sensibilidad y a lo que yo llamo automatismos profundos de respuesta, también a la “morada” de Castro, digamos, España tiene poco que ver con los árabes. En lo esencial, aunque no en lo que atañe a cantidad o intensidad, tal vez la relación de España con el espíritu árabe no se diferencia de la que han tenido y de la que sobrevive en las demás naciones europeas. Este hecho sí que es interesante y sugestivo, y no las deducciones facilonas de una supuesta arabización o islamización insidiosa de España, que son, en realidad, meras hipótesis dadas por válidas *a priori*. Pues bien: el neomudéjar es una manifestación más, en ladrillo, de este tópico; por supuesto, el neomudéjar en su veta arabizante o en su mudejarismo arcaizante, que es menos malo, pero no mucho mejor.

Personalmente tengo horror a esa quincalla arábigo-andaluza que expande con triste obscenidad sus floripondios significativamente en las peores cancioncillas de tablado y en los temas de escritores y periodistas que producen mecánicamente feos abalorios moriscos, esos tropos de “Córdoba la sultana” y “el alma mora” y otras tonterías parecidas. Ese infecto galimatías arabizante y moruno es despreciable desde cualquier punto de vista, pero sobre todo por su evidente frialdad mecánica: es mal gusto sin calor, sin sentimiento real, como esos cómicos ancianos y lúgubres que repiten un chiste que ellos mismos no sienten y los jóvenes

no entienden. Algo muy melancólico y muy desagradable. Cuando leo en un autor andaluz—si no lo es tolero mejor su necedad—esas fáciles evocaciones arábicas de revistilla y cantaora de tablado analfabeta, con los dientes sucios, es como si me hicieran tragar alguna porquería. ¡Qué gente! Pues es el caso que no puedo evitar el establecer una relación entre el neomudéjar arcaizante—es decir, referido, por evocación, al mudéjar medieval—o el arabizante moderno con este otro mundo histórico de errores y falsos valores que infectan las ideas más generalizadas sobre España y sobre Andalucía. ¿Se comprende?

Pero el lector tiene derecho a preguntarme por los fundamentos de mi convicción respecto a la falsedad de la evocación islámica o árabe referida al caso de España. A eso vamos, por arduo que se me haga resumir y condensar argumentos necesitados de una exposición muy amplia.

Yo creo que esto de los árabes en España fue un equívoco desde el principio, desde que llegaron. Como no negará ningún historiador, ante todo la gran masa invasora no era árabe, sino siria (aparte las hordas bereberes que les servían de auxiliares). Pero los sirios, casualmente, eran, en aquel momento, romanos de Oriente, bizantinos, provinciales del Imperio bizantino que acababan de ser conquistados por unos monarcas árabes muy simpáticos, los Omeyas, tenidos por ateos y conversos a la cultura greco-latina de sus nuevos súbditos. Por su parte, los sirios debieron aceptar el islamismo, más o menos, en virtud de otro equívoco: debieron tomarlo, como le había sucedido al propio Mahoma, por una variedad judeocristiana que coincidía bastante bien con las predilecciones teológicas sirias, inclinadas al *monofisismo* (creencia en una sola naturaleza de Cristo, lo que casa muy bien con el monoteísmo elemental musulmán). Ni los "musulmanes" invasores de España lo eran (y tampoco árabes, desde luego), ni sus jefes Omeyas podían pasar por devotos creyentes. Pero mayor fue aún el equívoco de los andaluces. Los andaluces siempre fueron —y aun hoy son—romanos decadentes, romanos de la baja romanidad, incluso en lo peor, como el latifundio (un señorito andaluz de Jerez o de Sevilla y un latifundista de la baja romanidad son repeticiones obstinadas e increíbles en la galería de retratos de nuestros antepasados). Pues bien: aquella gente de la Bética sentía antipatía por todos los bárbaros del Norte: primero, contra los visigodos, y luego, cuando ya era musulmán El Andalus, contra los bárbaros asturianos, gallegos, leoneses, castellanos. Pocos años antes de que llegaran los orientales de Muza, los visigodos habían conseguido expulsar de la Bética a los bizantinos, a quienes los andaluces debieron tomar por sus protectores romanos. Pues bien: ahora los verían regresar como prosélitos de Mahoma, pero bizantinos igualmente, grecolatinos. Se confundieron. Se creyeron que habían vuelto los romanos, aunque fuesen romanos de Oriente, a defenderlos contra los bárbaros hispano-visigodos, y hasta es muy posible que los creyesen cristianos—probablemente lo eran en el

fondo—, un poco herejes, pero aceptables. Si no fuera por este equívoco andaluz, creo que la dominación musulmana en España se habría terminado en el siglo X, cuando la gran rebelión de Omar-ben-Hafsun. Pero a los romanos andaluces no les gustaban nada los nortehños hispano-visigodos, y quizá, efectivamente, éramos demasiado brutos.

Y así se formó sobre la Bética romanizada aquel cascarón islámico, que había de conservar allí, en una especie de pasmo secular, las esencias de la antigüedad greco-latina y muchas cosas, algunas fósiles y otras vivientes, de culturas anteriores y aun primitivas. La gente siguió hablando en romance, cantando y tocando su vieja música de origen bizantino (ciertas coincidencias con aires árabes proceden de la fuente común bizantina, como encontramos igualmente en el folklore ruso) y sus danzas anteriores a la romanización. Los andaluces se sentían occidentales y europeos y vestían no a la usanza oriental, sino más o menos como los demás habitantes de Europa. De esto hay un testimonio en el librito titulado *Historia de los jueces de Córdoba* (según la traducción de Julián Ribera), donde se cuenta la consulta que le hicieron a Yahia ben Yahia acerca del turbante. Y él responde: "En Oriente usan turbante. Si yo me pusiera turbante, la gente me dejaría solo..." Podía haber dicho: "la gente me correría, y con razón". Aquella sociedad hispanomusulmana suscitó una evocación oriental a la hora de la muerte, en Granada. Las pinturas del techo de la Alhambra—un bello pastiche, escenario para vivir un cuento de *Las mil y una noches*—representan a unos reyes enturbantados y, junto a ellos, a unas damas, granadinas también, supongo, vestidas a la manera de las cristianas, con el tocado aparatoso francés del siglo XV.

Es en verdad extraño que la influencia "árabe" sea tan leve en España. Y eso sí que tiene interés, y no los obvios restos de una presencia en ciertas regiones del país muy duradera. Esto habría que estudiarlo, y partiendo de la hipótesis que acabo de exponer y no de otras—ignoro por qué tan difundidas y acreditadas—, en la línea de Américo Castro.

Pues bien: el neomudéjar arabizante y el arcaizante (alusivo al verdadero y accidental mudéjar medieval) cultivan este tópico de Castro y de los autores de cancioncillas; este tópico romántico y de periodista con pocos recursos, y por eso me ha enfurecido al verlo en la plaza de toros de Madrid.

Creo que España debe apoyar su pie en un terreno más duro, no recostarse en bambalinas de cartón, bambalinas y también bernardinas, como dijo una vez Ortega y Gasset—fue uno de sus no muy abundantes aciertos como crítico—al referirse a los artificiosos dengues modernistas del Valle-Inclán de la primera época.

Como se ve, había en mi actitud algo de arquitectura. Pero quizá poca, y en cambio abundaban otros ingredientes ácidos, aparte el malhumor. Pido perdón por todo.